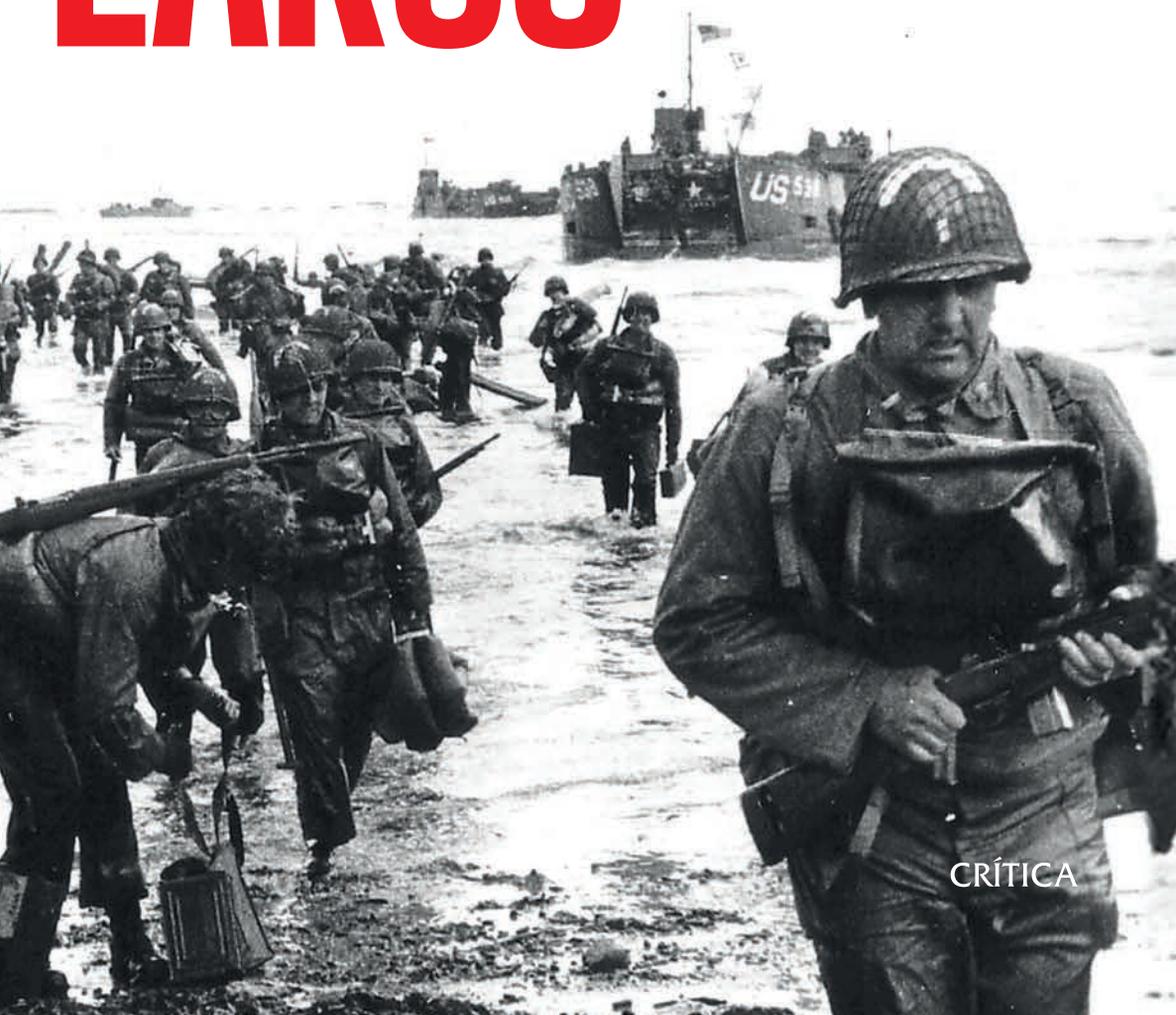


**CORNELIUS RYAN**

**EL DÍA MÁS  
LARGO**



CRÍTICA

CORNELIUS RYAN

# EL DÍA MÁS LARGO

Traducción castellana de  
Joaquín Arias

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición en Editorial Crítica: mayo de 2024

*El día más largo*  
Cornelius Ryan

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Longest Day*

© Cornelius Ryan, 1959

Esta edición se ha publicado por acuerdo con McIntosh & Otis Inc.  
mediante International Editors & Yáñez Co' S.L.

© de la traducción, Joaquín Arias, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-634-7  
Depósito legal: B. 5.070-2024  
Impresión y encuadernación: Limpergraf  
*Printed in Spain* - Impreso en España



## I

El pueblo permanecía en silencio en aquella húmeda mañana de junio. Su nombre era La Roche-Guyon y había permanecido en tranquilidad durante casi doce siglos, asentado en un pacífico meandro del Sena, a medio camino entre París y Normandía. Durante años, aquel había sido tan solo un lugar de paso que únicamente se distinguía por su castillo, cuna de los duques de La Rochefoucauld. Y justamente esa fortaleza, que se erigía en las colinas situadas detrás del pueblo, había quebrado la paz de La Roche-Guyon.

En aquella mañana gris, el castillo dominaba los alrededores con sus enormes piedras relucientes por la humedad. Eran casi las 6:00 horas, pero todavía no se apreciaba ningún movimiento en los dos grandes patios adoquinados. Delante de la entrada, se extendía la carretera principal, ancha y desierta, mientras en el pueblo seguían cerradas las ventanas de aquellas casas con tejados rojos. La Roche-Guyon estaba muy tranquilo, tan tranquilo que parecía deshabitado. Pero el silencio era tan solo un engaño. Detrás de las ventanas cerradas, sus habitantes aguardaban a que sonara una campana.

A las seis de la mañana, la de San Sansón, una iglesia del siglo xv próxima al castillo, tocaría el ángelus. En días más tranquilos, este tañido tenía un significado simple: los campesinos de La Roche-Guyon se santiguaban y hacían una pausa para rezar. Pero aquel día el ángelus significaba mucho más que un momento de meditación. Esa mañana, el

repicar de la campana señalaría el final del toque de queda nocturno y el comienzo de la jornada número 1.451 de la ocupación alemana.

En La Roche-Guyon había centinelas por todos lados. Cubiertos con sus capotes de camuflaje, montaban guardia ante las dos puertas del castillo, en los controles de carretera situados en cada extremo del pueblo, en los fortines construidos a ras de los acantilados de tiza, en las estribaciones de las colinas y en las ruinas de una antigua torre emplazada en la elevación más alta, encima del castillo. Desde allí, sus ametralladoras podían observar cualquier movimiento del pueblo más ocupado de toda la Francia ocupada.

Tras su aire pastoril, La Roche-Guyon ocultaba una verdadera prisión; por cada uno de sus 543 vecinos había más de tres soldados alemanes. Uno de estos hombres era el mariscal de campo Erwin Rommel, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos B, la fuerza más poderosa de cuantas tenían los alemanes en el frente occidental. Su Cuartel General estaba situado allí, en el castillo.

Desde aquel lugar, en ese decisivo quinto año de la segunda guerra mundial, un tenso y dispuesto Rommel se preparaba para librar la más desesperada batalla de su carrera. Bajo su mando, más de medio millón de hombres levantaban defensas a lo largo de una enorme línea costera que abarcaba unos 1.200 kilómetros, desde los diques de los Países Bajos hasta las orillas de la península de Bretaña, bañadas por el Atlántico. Su fuerza principal, el 15.º Ejército, estaba concentrado alrededor del Paso de Calais, en el punto más estrecho del canal entre Francia e Inglaterra.

Una noche tras otra, los bombarderos aliados golpeaban esta zona. Los veteranos del 15.º Ejército bromeaban amargamente con que el lugar perfecto para guardar reposo estaba en la zona del 7.º Ejército, en Normandía. Allí apenas había caído una bomba.

Durante meses, detrás de una formidable jungla de obstáculos en primera línea de playa y campos de minas, las tropas de Rommel habían esperado parapetadas tras el hormigón de sus fortificaciones costeras. Pero en el azul grisáceo del canal de la Mancha no había aparecido ningún barco. No había ocurrido nada. Desde La Roche-Guyon, en esa sombría y pacífica mañana de domingo, todavía no se intuía ningún indicio de la invasión aliada. Era el 4 de junio de 1944.

## II

Rommel se encontraba solo en la habitación de la planta baja que utilizaba como despacho. Estaba trabajando, sentado tras un enorme escritorio de estilo renacentista, iluminado únicamente por la luz de una lámpara de mesa. Era una habitación amplia, con techo alto. Una de las paredes estaba tapizada con una descolorida tela gobelina. En otra, el arrogante rostro del duque François de la Rochefoucauld —escritor de máximas del siglo XVII y antepasado del actual duque— le observaba desde un pomposo marco dorado. Había también unas cuantas sillas distribuidas al azar sobre el pulido suelo de tarima y las ventanas lucían gruesas cortinas; pero poco más.

Podría decirse que no había nada de Rommel en ese cuarto, excepto él mismo. No había fotografías de su mujer, Lucie-Maria, ni de su hijo de quince años, Manfred. No había recuerdos de sus grandes victorias en los desiertos norteafricanos durante los primeros días de la guerra; tampoco el llamativo bastón de mariscal de campo que Hitler le había otorgado ceremoniosamente en 1942. (Rommel solo había llevado una vez ese bastón de oro de treinta y cinco centímetros, con su vaina de terciopelo rojo, cubierta de águilas de oro y negras esvásticas, el día que lo recibió.) Tampoco había un mapa que mostrase el emplazamiento de las tropas. El legendario Zorro del Desierto seguía tan evasivo y discreto como de costumbre, tanto que hubiese podido salir de esa habitación sin dejar huella.

A pesar de que, a sus cincuenta y un años, Rommel aparentaba más edad, seguía tan incansable como siempre. Nadie en el Grupo de Ejércitos B lograba recordar una sola noche en la que el mariscal hubiese dormido más de cinco horas. Esa mañana se había levantado, como solía hacer, antes de las cuatro, y aguardaba impacientemente a que dieran las seis. A esa hora desayunaría con sus oficiales para después partir hacia Alemania.

Sería la primera vez que Rommel salía de aquel edificio en varios meses. Iba a ir en coche; Hitler había hecho prácticamente imposible el desplazamiento aéreo de los altos jefes al insistir en que utilizaran «un trimotor... y siempre con una escolta de cazas». En cualquier caso, a Rommel no le gustaba volar; haría el trayecto de ocho horas hasta Herrlingen, cerca de Ulm, en su Horch, un gran descapotable negro.

Aunque esperaba este viaje con ilusión, tomar la decisión de partir no le había sido fácil. Sobre sus hombros recaía la enorme responsabili-

dad de repeler el asalto aliado en el momento en que comenzase. El Tercer Reich de Hitler estaba sufriendo un desastre tras otro; día y noche miles de bombarderos aliados machacaban Alemania; los rusos habían penetrado en Polonia; las tropas aliadas estaban a las puertas de Roma; en todos los frentes, los grandes ejércitos de la Wehrmacht retrocedían, diezmados. La derrota de Alemania todavía estaba lejos, pero la invasión aliada estaba destinada a ser la batalla decisiva. Corría peligro nada menos que el futuro de Alemania, y eso Rommel lo sabía mejor que nadie.

No obstante, esa mañana Rommel regresaba a casa. Llevaba meses deseando pasar unos días en Alemania en la primera mitad de junio. Tenía muchos motivos para creer que en aquel momento podría permitirse el viaje y, aunque nunca lo iba a admitir, lo cierto era que necesitaba urgentemente un descanso. Apenas unos días antes había telefoneado a su superior, el anciano mariscal de campo Gerd von Rundstedt, comandante en jefe del frente occidental, para que le autorizara el viaje; su superior le había concedido permiso en el acto. A continuación, Rommel realizó una visita de cortesía al Cuartel General de Von Rundstedt en Saint-Germain-en-Laye, a las afueras de París, para despedirse de manera oficial. Tanto Von Rundstedt como su jefe de Estado Mayor, el general de división Günther Blumentritt, se sorprendieron al ver el semblante ojeroso de Rommel. Blumentritt recordaría siempre que le pareció «cansado e inquieto... Un hombre que necesitaba pasar unos días en casa con su familia».

En efecto, Rommel estaba tenso y nervioso. Desde el mismo día de su llegada a Francia, hacia finales de 1943, la incertidumbre de dónde y cómo hacer frente al ataque aliado le había supuesto una carga casi insostenible. Había vivido como cualquiera a lo largo del frente de invasión: bajo la pesadilla de la incertidumbre. Pendía constantemente sobre él la necesidad de anticiparse a las intenciones aliadas: cómo efectuarían el ataque, dónde intentarían desembarcar y, sobre todo, cuándo lo harían.

Tan solo una persona era consciente de la tensión a la que Rommel estaba sometido: a su esposa, Lucie-Maria, le confiaba todo. En menos de cuatro meses le había escrito cuarenta cartas, y en casi cada una de ellas había hecho una nueva predicción sobre el asalto aliado.

El 30 de marzo, escribió: «Ahora que finaliza marzo y los angloamericanos no han iniciado el ataque... empiezo a pensar que han perdido la confianza en su causa».

El 6 de abril: «Aquí la tensión aumenta día a día... Probablemente, solo unas semanas nos separan de acontecimientos decisivos...».

El 26 de abril: «En Inglaterra la moral es baja... Se está produciendo una huelga tras otra y los gritos de “¡Abajo Churchill y los judíos!” , junto con los de los que claman por la paz, van en aumento... Son malos presagios para una ofensiva tan arriesgada».

El 27 de abril: «Ahora parece que los británicos y estadounidenses no están tan convencidos de venir en un futuro inmediato».

El 6 de mayo: «Todavía no hay indicios de los británicos ni de los estadounidenses... Cada día, cada semana... nos hacemos más fuertes... y me siento confiado para la batalla. Tal vez se produzca sobre el 15 de mayo, o quizás a finales de mes».

El 15 de mayo: «No puedo hacer muchos más viajes [de inspección]... porque nunca se sabe cuándo empezará la invasión. Creo que solo quedan unas semanas para que comience aquí, en el oeste».

El 19 de mayo: «Espero llevar adelante mis planes más deprisa que antes... [pero] me pregunto si podré permitirme unos días en junio para ausentarme de aquí. Ahora mismo resulta imposible».

Sin embargo, sí que tuvo una oportunidad. Una de las razones de la decisión de Rommel fue su propia estimación de las intenciones de los aliados. Ante él, sobre la mesa de su despacho, tenía el informe semanal del Grupo de Ejércitos B, y esa detallada valoración de posibilidades debía enviarse al mediodía siguiente al Cuartel General del mariscal de campo Von Rundstedt, llamado corrientemente en la jerga militar *OB West (Oberbefehlshaber West)*. Allí, y después de posteriores añadidos, pasaría a formar parte del informe general sobre el teatro de operaciones, que se remitiría al OKW (*Oberkommando der Wehrmacht*),\* el Cuartel General de Hitler.

Rommel creía que los aliados habían alcanzado un «alto grado de preparación» y que se estaba produciendo un «incremento de mensajes dirigidos a la resistencia francesa». Aun así, proseguía, «de acuerdo con nuestra experiencia, esto no significa que la invasión sea inminente...».

Esta vez Rommel se equivocó.

\* Alto Mando de las Fuerzas Armadas.

## III

En el despacho del jefe del Estado Mayor, situado al otro lado del pasillo donde se hallaba el del mariscal de campo, el capitán Hellmuth Lang, de treinta y seis años, recogió el informe de la mañana. Era el ayudante de Rommel, y esa siempre constituía la primera tarea que debía realizar para el comandante. A Rommel le gustaba recibir el informe temprano, para discutirlo con su Estado Mayor durante el desayuno. Pero esa mañana no contenía gran cosa: el frente de invasión seguía tranquilo, excepto por los continuos bombardeos nocturnos del Paso de Calais. Parecía no albergar duda al respecto: además de otros muchos indicios, este maratón de bombas señalaba el Paso de Calais como el lugar elegido por los aliados para su ataque. Si finalmente llevaban a cabo la invasión, lo harían por allí. Prácticamente todos lo creían así.

Lang miró su reloj: faltaban apenas unos minutos para las seis. Tenían previsto salir a las siete en punto de la mañana, y debían asegurarse de cumplir con el horario. No llevarían escolta; irían solo en dos coches, el de Rommel y el del coronel Hans-Georg von Tempelhoff, oficial de operaciones del Grupo de Ejércitos B, que les iba a acompañar. Como era habitual, los comandantes militares de las regiones por donde debían pasar no habían sido informados de los planes del mariscal de campo. A Rommel le gustaba hacer las cosas de esa manera: odiaba perder el tiempo con el protocolo, los taconazos de los comandantes y las escoltas motorizadas que le esperaban a la entrada de cada ciudad. Así, con un poco de suerte, conseguirían llegar a Ulm alrededor de las tres.

Uno de los problemas habituales era qué comida llevar para el almuerzo del mariscal de campo. Rommel no fumaba, raramente bebía y se preocupaba tan poco por comer que a veces lo olvidaba. Con frecuencia, cuando hacía con Lang los preparativos para un viaje largo, tomaba un lápiz y escribía con grandes letras negras sobre el menú propuesto: «Solo comida ligera de campaña». Otras veces, confundía a Lang al decirle: «Por supuesto, si quiere añadir una o dos chuletas, no me molestará». El servicial Lang no sabía nunca qué pedir a la cocina. Esa mañana, además de un termo lleno de consomé, había solicitado un surtido de bocadillos. Temía que Rommel, como de costumbre, se olvidara por completo del almuerzo.

Lang salió del despacho y recorrió el pasillo recubierto de paneles de roble. Al pasar por delante de cada habitación le llegaba el murmullo

de las conversaciones y el sonido de las máquinas de escribir. El cuartel general del Grupo de Ejércitos B era un lugar de mucho trabajo, y Lang se preguntaba a menudo si el duque y la duquesa, que dormían en los pisos superiores, podían pegar ojo con tanto ruido.

Lang se detuvo al final del pasillo, frente a una puerta maciza. Llamó suavemente con los nudillos, giró el picaporte y entró. Rommel ni le miró. Estaba tan concentrado en los documentos que tenía ante él que parecía no haberse dado cuenta de la presencia de su ayudante. Lang prefirió no interrumpirle, así que permaneció de pie, esperando.

Rommel por fin levantó la mirada del escritorio.

—Buenos días, Lang— dijo.

—Buenos días, mariscal. El informe.

Lang le entregó el documento; después salió del despacho y esperó al otro lado de la puerta para acompañarlo a desayunar. El mariscal de campo parecía bastante ocupado esa mañana. Lang, que ya conocía el carácter impulsivo y voluble de Rommel, dudaba de si finalmente realizarían el viaje.

Pero Rommel no tenía intención de cancelarlo. A pesar de que no había concertado una entrevista con Hitler, esperaba verlo. Todos los mariscales de campo tenían acceso al Führer, y Rommel había telefonado ya a su viejo amigo el general de división Rudolf Schmundt, su ayudante, para solicitarle una entrevista. Schmundt creía que podría darle cita en algún momento entre los días sexto y noveno. Era propio de Rommel no desear que nadie, fuera de su Estado Mayor, conociese su intención de hablar con Hitler. En el diario oficial del Cuartel General de Rundstedt solamente se anotó que Rommel iba a pasar unos días de permiso en su casa.

Rommel confiaba en poder salir de su cuartel general a la hora en punto, según lo previsto. Ahora que había pasado mayo —que había sido un mes de espléndido tiempo, muy apropiado para el ataque aliado—, había llegado a la conclusión de que la invasión se retrasaría algunas semanas más. Estaba tan seguro de ello que incluso había ideado un plan para acabar con todos sus obstáculos para hacer frente a la invasión. En su despacho había una orden dirigida a los ejércitos 7.º y 15.º en la que se leía: «Hay que realizar el máximo esfuerzo para superar los obstáculos, de manera que el desembarco enemigo durante el período de bajamar solo sea posible a muy alto precio... Hay que adelantar los trabajos... El informe sobre su finalización debe estar en mi cuartel general el 20 de junio».

Al igual que Hitler y el Alto Mando alemán, consideraba que la invasión se realizaría de manera simultánea a la ofensiva de verano del Ejército Rojo, o poco después. Sabían que el ataque ruso no podía comenzar antes del último deshielo en Polonia y, por ello, no creían que estuviese organizada la ofensiva hasta la segunda mitad de junio.

En el oeste, las condiciones meteorológicas habían sido malas durante varios días, y se pronosticaba que fueran a peor. El informe de las cinco de la mañana, preparado por el coronel profesor Walter Stöbe, jefe de meteorología de la Luftwaffe en París, pronosticaba incremento de la nubosidad, fuertes vientos y lluvia. En aquel momento la velocidad del viento en el canal de la Mancha era de unos cincuenta kilómetros por hora. A Rommel le parecía muy improbable que los aliados osaran lanzar su ataque durante los días siguientes.

Incluso en La Roche-Guyon el tiempo había cambiado durante la noche. Casi enfrente del escritorio de Rommel había dos altas puertas acristaladas que se abrían a una terraza llena de rosales. Esa mañana quedaban pocas flores y había pétalos de rosa, capullos y ramas quebradas esparcidos por el suelo. Poco antes de la madrugada, una breve tormenta de verano había llegado desde el canal de la Mancha, barriendo una parte de la costa francesa.

Rommel abrió la puerta de su despacho y salió.

—Buenos días, Lang —dijo, como si no hubiese visto a su ayudante hasta ese momento—. ¿Está todo preparado para salir?

Ambos bajaron a desayunar.

En el pueblo de La Roche-Guyon la campana de la iglesia de San Sansón tocó el ángelus. Cada campanada tuvo que combatir con el viento para hacerse oír. Eran las seis de la mañana.

#### IV

Rommel y Lang se entendían y se trataban de manera informal. Habían permanecido juntos durante meses. Lang llevaba con Rommel desde febrero y apenas había pasado un día sin que hubiesen efectuado un largo viaje de inspección. Solían estar ya en la carretera a las cuatro y media de la mañana, dirigiéndose a toda velocidad hacia cualquier zona apartada bajo el mando de Rommel. Un día eran los Países Bajos, otro Bélgica, al día siguiente Normandía o Bretaña. El diligente mariscal de campo

aprovechaba cada momento. «Ahora tengo un único enemigo, y es el tiempo», le había dicho a Lang. Para recuperarlo, Rommel no se daba tregua, ni a sí mismo ni a sus hombres; así había vivido desde el momento en que le enviaron a Francia, en noviembre de 1943.

Ese otoño, Von Rundstedt, responsable de la defensa de Europa occidental, había pedido refuerzos a Hitler. En su lugar, el Führer le había enviado al testarudo, osado y ambicioso Rommel. Para humillación del aristocrático comandante en jefe del Oeste, Rommel llegó con una *Gummibefehl*, una orden elástica para inspeccionar las fortificaciones costeras —la tan anunciada Muralla Atlántica de Hitler— e informar directamente al OKW, el Cuartel General del Führer. A sus sesenta y ocho años, el agraviado y decepcionado Von Rundstedt estaba tan enfadado por la llegada de Rommel, más joven que él, que le preguntó al mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe del OKW, si Rommel podía llegar a ser su sucesor. Se le contestó que «no llegara a falsas conclusiones», puesto que, a pesar de «la capacidad de Rommel, no se le consideraba apto para ese puesto».

Poco después de su llegada, Rommel llevó a cabo una fugaz visita de inspección a la Muralla Atlántica, y lo que vio le defraudó. Las fortificaciones de hormigón y acero solo estaban terminadas en apenas algunas zonas de la costa: en los principales puertos, las desembocaduras de los ríos y los miradores de los desfiladeros, desde encima de El Havre hasta los Países Bajos. El resto de los trabajos de defensa se hallaban avanzados en diferentes fases. En algunos lugares, ni siquiera habían comenzado. Aun así, la Muralla Atlántica ya constituía una formidable barrera en aquel momento. En los lugares en los que estaba acabada, se encontraba realmente repleta de largos cañones. No obstante, no era suficiente para Rommel. Tampoco lo era para detener la embestida que él preveía: tenía aún presente su aplastante derrota del año anterior en el norte de África a manos de Montgomery. Basándose en su criterio, la Muralla Atlántica era una farsa. Y, empleando unas palabras muy descriptivas, la había calificado como «una quimera propia del *Wolkenkuckucksheim* (país del loco obnubilado) de Hitler».

Apenas dos años antes, esa muralla no existía.

Hasta 1942, la victoria les parecía tan segura al Führer y a sus presuntuosos nazis que no necesitaban fortificaciones costeras. La esvástica ondeaba por todos lados. Se habían apoderado de Austria y Checoslovaquia antes de comenzar la guerra. En 1939, Polonia se había repartido

entre Alemania y Rusia. No había transcurrido ni un año desde el comienzo de la guerra y los países de Europa occidental ya habían caído como manzanas maduras. Dinamarca, en un día. Noruega, infiltrada desde dentro, tardó un poco más: seis semanas. Durante los meses de mayo y junio, en veintitrés días y sin declaración de ninguna clase, las tropas de la *blitzkrieg* (guerra relámpago) de Hitler se precipitaron sobre los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Francia y, ante la mirada incrédula del mundo, arrojaron al mar a los británicos en Dunquerque. Después del colapso de Francia, Inglaterra se había quedado sola. ¿Qué necesidad de construir una «muralla» tenía Hitler?

Pero el Führer no había invadido Inglaterra. Sus generales querían que lo hiciera, pero él decidió esperar, creyendo que los ingleses pedirían la paz. Pero pasó el tiempo y la situación cambió rápidamente. Con la ayuda estadounidense, Inglaterra empezó su lenta pero segura recuperación. Hitler, que en aquel instante afrontaba muchos problemas en Rusia —había atacado a la Unión Soviética en junio de 1941—, se dio cuenta de que la costa francesa ya no era un trampolín desde el que lanzar ofensivas. En el otoño de 1941, comenzó a manifestar a sus generales la idea de hacer de Europa una «inexpugnable fortaleza». Y en diciembre, después de la entrada de Estados Unidos en la guerra, el Führer alardeó ante el mundo de que «un cinturón de puntos fuertes y gigantescas fortificaciones se extiende desde Kirkenes [en la frontera noruego-finlandesa]... hasta los Pirineos [en la franco-española]... y mi firme decisión es convertir este frente en inexpugnable para cualquier enemigo».

Era una bravuconada imposible. Sin tener en cuenta los recortes costeros, la línea del litoral que se extiende desde el Océano Ártico, en el norte, hasta el golfo de Vizcaya, en el sur, comprende más de 4.800 kilómetros.

Ni siquiera frente a Inglaterra, en la parte más estrecha del canal de la Mancha, existía fortificación alguna. Pero Hitler había comenzado a obsesionarse con la idea de una fortaleza. El coronel general Franz Halder, entonces jefe del Estado General de división alemán, recordaría con precisión la primera vez que Hitler esbozó su fantástico esquema. Halder, que nunca le perdonaría a Hitler su negativa a invadir Inglaterra, se mostró frío ante aquella idea. Se aventuró a opinar que las fortificaciones, «en el caso de ser necesarias», habría que construirlas «detrás de la línea de costa, fuera del alcance de los cañones navales», puesto que,

de lo contrario, las tropas corrían el peligro de ser aniquiladas. Hitler cruzó el despacho, se detuvo junto a una mesa sobre la que había un gran mapa y, durante cinco minutos, tuvo un inolvidable berrinche. Mientras golpeaba el mapa con el puño cerrado, gritaba: «¡Las bombas y granadas caerán aquí, aquí, aquí y aquí... frente a la muralla, detrás de ella y sobre ella, pero las tropas estarán seguras en ella! ¡Después saldrán y lucharán!».

Halder no dijo nada, pero sabía, al igual que los otros generales del Alto Mando, que, a pesar de las alentadoras victorias del Reich, el Führer temía ya un segundo frente, una invasión.

Aun así, se había trabajado poco en las fortificaciones. En 1942, conforme el curso de la guerra iba cambiando en contra de Hitler, los comandos británicos comenzaron a realizar ataques a la «inexpugnable» fortaleza de Europa. Entonces se produjo la incursión más sangrienta de la guerra, cuando cinco mil heroicos canadienses desembarcaron en Dieppe. Fue un sangriento avance de la invasión. Los estrategas aliados descubrieron hasta qué punto los alemanes habían fortificado los puertos. Los canadienses tuvieron 3.369 bajas, entre ellas novecientos muertos. El ataque fue un desastre, pero sobresaltó a Hitler. La Muralla Atlántica, según ordenó a sus generales, debía terminarse con la máxima celeridad. Había que culminar la construcción «fanáticamente».

Y así fue. Miles de obreros esclavos trabajaron noche y día para erigir las fortificaciones. Se utilizaron millones de toneladas de hormigón; se empleó tanto que en toda la Europa de Hitler resultaba imposible conseguirlo para cualquier otro uso. También se solicitaron cantidades desorbitadas de acero, pero resultaba tan escaso que los ingenieros se vieron obligados a construir sin él. Debido a esto, muy pocos búnkeres o blocaos se edificaron con cúpulas giratorias, puesto que estas requerían acero para las torres, y, como consecuencia, el arco de fuego de los cañones era restringido. Fue tal la demanda de material y equipo que varios sectores de la antigua línea Maginot francesa y de las fortificaciones fronterizas alemanas (la línea Sigfrido) se utilizaron para la Muralla Atlántica. A finales de 1943, aunque aún faltaba mucho para su terminación, medio millón de hombres estaban trabajando en ella y las fortificaciones comenzaban a ser una amenaza real.

Hitler sabía que la invasión era inevitable, y ahora tenía que hacer frente a otro grave problema: encontrar soldados para sus crecientes defensas. En Rusia, una división tras otra veían disminuir sus efectivos

mientras la Wehrmacht se esforzaba por mantener un frente de unos 3.200 kilómetros contra los implacables ataques soviéticos. En Italia, anulada tras la invasión de Sicilia, seguían resistiendo miles de soldados. Debido a todo esto, en 1944 Hitler se vio obligado a reforzar sus guarniciones del oeste con un extraño conglomerado de reemplazos: viejos y jóvenes, restos de divisiones masacradas en el frente ruso, «voluntarios» reclutados en los países ocupados —unidades polacas, húngaras, checas, rumanas y yugoslavas, por citar solo unas cuantas— e incluso dos divisiones rusas formadas por hombres que preferían luchar con los nazis a permanecer en los campos de prisioneros. Estas tropas, por muy cuestionables que pudieran ser en combate, rellenaban los huecos. Hitler también disponía de un fuerte núcleo de tropas avanzadas y blindados panzer. Para cuando llegara el Día D, contaría en el frente occidental con un poderoso ejército de sesenta divisiones.

No todas estas divisiones funcionarían a plena potencia, pero Hitler seguía depositando su confianza en la Muralla Atlántica, que resultaría decisiva. Hombres como Rommel, que habían combatido —y perdido— en otros frentes, se sorprendieron al ver las fortificaciones. Rommel no había estado en Francia desde 1941. Al igual que muchos otros generales alemanes que creían en la propaganda hitleriana, estaba convencido de que las defensas estaban prácticamente completadas.

Su grave denuncia de la muralla no supuso ninguna sorpresa para Von Rundstedt cuando llegó a su OB *West*. Estaba totalmente de acuerdo; y era probable que esa fuera la primera vez que coincidía por completo con Rommel. El viejo y sabio Von Rundstedt no había creído nunca en las defensas fijas. Había ideado la maniobra de flanqueo de la línea Maginot en 1940, que condujo a la caída de Francia. Para él, la Muralla Atlántica hitleriana no era más que un «enorme camello... más para el pueblo alemán que para el enemigo... y el enemigo, a través de sus agentes, sabe de ella más que nosotros». Tal vez conseguiría «obstruir temporalmente» el ataque aliado, pero no lo detendría. Von Rundstedt estaba seguro de que nada podría evitar que los primeros desembarcos se efectuaran con éxito. Su plan para derrotar la invasión consistía en mantener grandes concentraciones de tropas detrás de la costa, para atacar *después* de que hubiesen desembarcado los aliados. Creía que el contraataque debía efectuarse cuando el enemigo fuera aún débil, no dispusiera de las adecuadas líneas de suministro y luchase para montar cabezas de puente aisladas.

Rommel estaba totalmente en desacuerdo con esa teoría. Consideraba que solo había un medio de aplastar el ataque: hacerle frente desde el principio. No habría tiempo para traer refuerzos desde la retaguardia, puesto que serían destruidos por los continuos ataques aéreos, por la enorme carga naval o por el bombardeo de la artillería. En su opinión, todo, desde las tropas a las divisiones acorazadas de panzer, debía estar preparado en la línea de costa o inmediatamente detrás. Su ayudante recordaría después el día en que Rommel resumió su estrategia. Estaban en una playa desierta, y la corta y fornida figura de Rommel, envuelta en un grueso abrigo y con una vieja bufanda alrededor del cuello, se paseó con aire majestuoso, meneando un largo bastón de mando no reglamentario, negro, con empuñadura de plata y borlas rojas, negras y blancas. Con él señaló la arena y dijo: «La guerra se ganará o perderá en las playas. Solo tendremos una oportunidad para detener al enemigo, y será cuando esté en el agua... luchando por llegar a la orilla. Las reservas no llegarán nunca al punto de ataque, por lo que es una tontería tenerlas en cuenta. La *Hauptkampflinie* [principal línea de combate] estará aquí... Todo lo que tenemos debe estar en la costa. Créame, Lang, las primeras veinticuatro horas de la invasión resultarán decisivas... Tanto para los aliados como para Alemania será el día más largo».

En general, Hitler había aprobado el plan de Rommel, y desde entonces Von Rundstedt pasó a ser una mera figura decorativa. Rommel ejecutaba las órdenes de Von Rundstedt solo si estas no contradecían sus propias ideas. Para actuar así esgrimía un argumento simple pero poderoso: «El Führer me dio órdenes bastante explícitas», señalaba. Nunca se lo dijo directamente al respetable Von Rundstedt, pero sí al jefe de Estado Mayor del OB *West*, el general de división Blumentritt.

Con el respaldo de Hitler y la aceptación resignada de Von Rundstedt («Ese cabo bohemio, Hitler —decía burlonamente el comandante en jefe del Frente Occidental—, suele tomar decisiones que juegan en su contra.»), el decidido Rommel se puso a revisar por completo los planes existentes contra la invasión.

Tras unos cuantos meses de salidas de inspección, todo el panorama había cambiado. En toda aquella playa en la que consideró que se podía desembarcar, ordenó a sus soldados —que trabajaban con batallones de obreros locales— que levantaran barreras antiinvación compuestas de toscos obstáculos, como triángulos dentados de acero, estructuras de hierro que simulaban puertas con dientes de sierra, estacas de madera con

puntas metálicas y conos de hormigón. Todos ellos se instalaron en las marcas que dejaban la pleamar y la bajamar y se enlazaron entre sí con mortíferas minas. Donde no había suficientes minas, se colocaron granadas dirigidas siniestramente hacia el mar. Un simple roce haría que estallaran instantáneamente.

Rommel había diseñado personalmente la mayoría de estos extraños inventos, que eran tan sencillos como mortíferos. Su objetivo era cercar y aniquilar las barcas de desembarco llenas de tropas o entorpecerlas el tiempo suficiente para que las masacraran las baterías costeras. En ambos casos, según razonaba, los soldados enemigos quedarían diezmados mucho antes de llegar a las playas. A lo largo de la línea costera se extendían más de medio millón de estos mortales obstáculos submarinos.

A pesar de todo, Rommel era tan perfeccionista que aún no estaba satisfecho. Así que ordenó sembrar la arena, los acantilados, los barrancos y los senderos que llevaban a las playas con toda clase de minas, desde las de disco, capaces de volar las orugas de un tanque, a la pequeña mina S, que al pisarla saltaba y estallaba a la altura del abdomen. Casi cinco millones de estas minas infestaban toda la costa. Rommel esperaba tener colocados otros seis millones antes de que empezara el ataque. Y de hecho confiaba en rodear la costa de invasión con sesenta millones de minas.\*

Dominando la línea costera, detrás de esta jungla de minas y obstáculos, las tropas de Rommel esperaban rodeadas de alambre de espino en blocaos, búnkeres de hormigón y trincheras de comunicaciones. Desde estas posiciones, cada pieza de artillería que el mariscal de campo había podido conseguir apuntaba hacia la arena y el mar en campos de tiro elevados. Algunos cañones ocupaban posiciones en la misma orilla, escondidos en emplazamientos de hormigón bajo la apariencia de

\* A Rommel le fascinaban las minas como arma defensiva. En un viaje de inspección con el mariscal de campo, el general de división Alfred Gause (jefe del Estado Mayor de Rommel antes que el comandante general Dr. Hans Speidel) señaló varias extensiones de flores salvajes y dijo: «¿No es una vista fabulosa?». Rommel asintió con la cabeza y respondió: «Tome nota, Gause, para que siembren en esa área unas mil minas». Y en otra ocasión, en ruta hacia París, Gause le sugirió que visitasen los famosos trabajos de porcelana china de Sèvres. Para su asombro, Rommel aceptó. Pero el mariscal no se interesó por la artesanía que le mostraron. Recorrió enseguida las salas de exposición y, girándose hacia Gause, le dijo: «Ave-ri-igüe si pueden fabricar fundas impermeables para mis minas».

inocentes casetas de playa. No apuntaban hacia el mar, sino directamente a la playa, para disparar a quemarropa sobre las oleadas de tropas de asalto.

Rommel aprovechó cualquier nueva técnica y cualquier mejora. Donde iba corto de cañones emplazaba baterías de lanzacohetes o morteros múltiples. En un lugar tenía incluso tanques robot en miniatura llamados «Goliath». Estos artefactos, con capacidad para transportar más de media tonelada de explosivos, podían guiarse por control remoto desde las fortificaciones y dirigirlos hacia la playa para hacerlos estallar entre las tropas y barcasas de desembarco.

Entre todo ese arsenal medieval de Rommel, solo se echaban de menos crisoles de plomo fundido para arrojar sobre los atacantes, aunque, en sustitución, disponía de su equivalente moderno: lanzallamas automáticos. En varias zonas del frente, una red de tuberías se desplegaba desde tanques de queroseno ocultos hasta los caminos de hierba que conducían a las playas. Con solo apretar un botón, las tropas que avanzaran se verían inmediatamente engullidas por las llamas.

Rommel tampoco se había olvidado de la amenaza que suponían los paracaidistas y la infantería aerotransportada. Detrás de las fortificaciones había inundado las zonas bajas, y en cada campo situado a menos de diez kilómetros de la costa había ocultado estacas, conectadas mediante alambres. En cuanto las tocaran, se produciría de inmediato la explosión de las minas y granadas.

Rommel había preparado una sangrienta bienvenida a las tropas aliadas. Nunca antes en la historia de las guerras modernas se había organizado un despliegue de defensas tan poderoso para resistir a una fuerza invasora. Aun así, Rommel no estaba contento. Quería más blocaos, más obstáculos en las playas, más minas, más cañones y más tropas. Y sobre todo, quería las divisiones panzer que aguardaban en la reserva, lejos de la costa. Había ganado memorables batallas con esos tanques en los desiertos del norte de África. Y ahora, en este momento decisivo, ni él ni Rundstedt estaban autorizados a movilizar esas formaciones acorazadas sin el consentimiento de Hitler. El Führer insistía en mantenerlas bajo su mando. Rommel necesitaba por lo menos cinco divisiones panzer en la costa, preparadas para contraatacar en las primeras horas del asalto aliado. Solo había una manera de conseguirlas: visitar al Führer, por lo que Rommel le decía con frecuencia a Lang que «el último que va a Hitler gana la partida». En esta grisácea mañana de La

Roche-Guyon, mientras se preparaba para salir hacia Alemania, Rommel estaba más decidido que nunca a ganar la partida.

## V

En el Cuartel General del 15.º Ejército, situado cerca de la frontera belga, a doscientos kilómetros de distancia, un hombre se alegraba al ver amanecer el día 4 de junio. Era el teniente coronel Hellmuth Meyer, que permanecía sentado en su despacho ojeroso y cansado. No había podido dormir toda una noche desde el día 1 de junio. Pero aquella que acababa de pasar había sido la peor. Y nunca la olvidaría.

Meyer tenía un trabajo frustrante, a prueba de nervios. Además de ser oficial de inteligencia del 15.º Ejército, dirigía el único servicio de contraespionaje del frente de invasión. Este estaba formado por un grupo de treinta operarios, interceptores de radio, que hacían turnos atestados en un búnker de hormigón, donde manejaban el equipo más sensible que existía. Su única misión era escuchar, nada más. Cada uno de estos hombres era un técnico experto que hablaba tres idiomas fluidamente, y no había ni una palabra ni un solo susurro en código morse proveniente de fuentes aliadas que se escapara a sus oídos.

Los hombres de Meyer tenían tanta experiencia y su equipo era tan sensible que lograban captar las llamadas de radio entre jeeps de la policía militar de Inglaterra, a más de 1.600 kilómetros de distancia. Esto había supuesto una gran ayuda para Meyer. Las conversaciones por radio entre ingleses y estadounidenses mientras dirigían los convoyes de tropas le habían permitido componer la lista de las diversas divisiones estacionadas en Inglaterra. Sin embargo, desde hacía tiempo, los operadores de Meyer habían sido incapaces de interceptar ninguna de estas llamadas. Resultaba muy significativo: aquello suponía que se había impuesto un estricto silencio. Era una pista más que añadir a los datos que ya se tenían sobre la inminencia de la invasión.

Además de todos los informes de otros servicios de inteligencia de los que disponía, señales como esta le servían a Meyer para formarse una clara imagen de lo que sería la estrategia aliada. Y él era bueno en su trabajo: varias veces al día examinaba el legajo de hojas que contenía las comunicaciones monitorizadas buscando algo sospechoso, fuera de lo habitual o que resultara difícil de creer.

Y precisamente durante aquella noche sus hombres habían captado lo increíble. El mensaje, un cable de prensa urgente, había sido interceptado poco después del anochecer. Decía: «URGENTE - CABLE DE PRESS ASSOCIATED NYK: CUARTEL GENERAL EISENHOWER ANUNCIA DESEMBARCOS ALIADOS EN FRANCIA».

Meyer se quedó desconcertado. Su primer impulso fue alertar al Estado Mayor. Pero se tranquilizó y optó por no hacerlo, pues consideró que el mensaje era falso por dos razones. Primero, la completa ausencia de actividad a lo largo del frente de invasión —y de la que él habría tenido conocimiento de inmediato en caso de haberse producido un ataque—. Segunda, en enero el almirante Wilhelm Canaris, por aquel entonces jefe del servicio de inteligencia alemán, le había dado los detalles de una fantástica contraseña doble que, según su opinión, emplearían los aliados para avisar a la resistencia antes de la invasión.

Canaris le había advertido de que los aliados retransmitirían centenares de mensajes a la resistencia durante los meses anteriores al ataque. Pero solo unos pocos se referirían de hecho al Día D; los restantes serían falsos, redactados deliberadamente para despistar y confundir. Canaris había sido explícito: Meyer debía escuchar todos estos mensajes para no perderse el importante.

Al principio Meyer se mantuvo escéptico. Le parecía una locura depender por completo de un solo mensaje. Además, sabía por experiencia que las fuentes de información de Berlín eran inexactas un 90 % de las veces. Contaba con un montón de falsos informes que respaldaban esa afirmación; parecía que los aliados habían filtrado a todos los agentes alemanes que operaban desde Estocolmo a Ankara la fecha y lugar «exactos» de la invasión, pero no había dos informes que coincidieran.

Sin embargo, Meyer sabía que esta vez Berlín estaba en lo cierto. La noche del 1 de junio los hombres de Meyer, después de meses de escuchas, habían captado la primera parte del mensaje aliado, exactamente tal como lo había descrito Canaris. No se diferenciaba de los otros centenares de frases cifradas que los operarios de Meyer habían interceptado en los meses anteriores. A diario, después del servicio regular de noticias de la BBC, se retransmitían instrucciones cifradas en francés, neerlandés, danés y noruego para la resistencia. La mayoría de estos mensajes carecían de significado para Meyer, por lo que le resultaba exasperante no poder descifrar fragmentos tan crípticos como «La gue-

rra de Troya no se llevará a cabo», «Mañana la melaza se convertirá en coñac», «Juan lleva un largo bigote», «Sabine acaba de pasar paperas e ictericia». Pero el mensaje emitido por la BBC después del boletín de noticias de las nueve de la noche del 1 de junio lo entendió Meyer demasiado bien: «Ahora escuchen atentamente unos cuantos mensajes personales», dijo en francés el locutor. Inmediatamente, el sargento Walter Reichling puso a grabar la cinta magnetofónica. Hubo una pausa y después el locutor añadió: «*Les sanglots longs des violons de l'automne* [Los largos sollozos de los violines de otoño]».

Al instante, Reichling se llevó las manos a los auriculares. Se los quitó y salió a toda prisa del búnker en dirección al despacho de Meyer. El sargento irrumpió en la oficina y dijo emocionado:

—Señor, la primera parte del mensaje ya está aquí.

Entonces regresaron juntos al búnker de las radios, donde Meyer escuchó personalmente la grabación: ahí estaba el mensaje que les había anunciado Canaris. Se trataba del primer verso de la *Canción de otoño* (*Chanson d'automne*), de Paul Verlaine. Según la información de Canaris, este verso del poeta francés del siglo XIX se transmitiría el «día primero o quince de un mes... y será la primera mitad del mensaje que anuncie la invasión angloamericana».

La segunda parte sería el segundo verso del poema de Verlaine: «*Blessent mon cœur d'une langueur monotone*» [Hieren mi corazón con una monótona languidez]. Este segundo mensaje significaría, según Canaris, que «la invasión comenzará dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes... a contar desde las cero horas del día posterior a la retransmisión».

Nada más oír la primera parte del poema de Verlaine, Meyer informó al jefe de Estado Mayor del 15.º Ejército, el general de división Rudolf Hofmann.

—Hemos recibido el primer mensaje —le dijo a Hofmann—. Ahora ocurrirá algo.

—¿Está usted completamente seguro? —preguntó Hofmann.

—Lo tenemos grabado —contestó Meyer.

Hofmann ordenó inmediatamente que se alertara a todo el 15.º Ejército. Mientras tanto, Meyer envió el mensaje por teletipo al OKW. Después, telefoneó al Cuartel General de Rundstedt (OB *West*) y al de Rommel (Grupo de Ejércitos B).

En el OKW, el mensaje fue entregado al coronel general Alfred Jodl, jefe de operaciones. Pero se quedó en su despacho, puesto que no

dio la orden de alerta. Jodl supuso que ya la había dado Rundstedt, quien a su vez pensó que esa orden se habría ya emitido desde el Cuartel General de Rommel.\*

A lo largo de la costa de invasión solo se concentraron unos hombres: la tropa del 15.º Ejército. El 7.º Ejército, que defendía la costa de Normandía, no tuvo conocimiento del mensaje, por lo que no se puso en estado de alerta.

Las noches del 2 y 3 de junio, la primera parte del mensaje fue retransmitida de nuevo. Esto preocupó a Meyer, puesto que, según la información que tenía, debería haberse radiado solo una vez. Entonces, supuso que los aliados habían repetido la alerta para asegurarse de que la resistencia la había recibido correctamente.

Durante la hora siguiente a la repetición del mensaje la noche del 3 de junio, el cable de la agencia Associated Press (AP) sobre los desembarcos aliados en Francia fue interceptado de nuevo. Si la advertencia de Canaris era cierta, el informe de AP tenía que ser falso. Tras un primer momento de pánico, Meyer había apostado por que Canaris tenía razón. Ahora estaba cansado pero eufórico. La llegada del amanecer y la tranquilidad duradera que se experimentaba en el frente le demostraban que no se había equivocado.

Ahora lo único que tenía que hacer era esperar la segunda parte de aquella alerta crucial, que podría llegar en cualquier momento. Su gran importancia sobrecogía a Meyer. El fracaso de la invasión aliada, la vida de centenares de miles de compatriotas y la propia existencia de su país dependían de la rapidez con la que él y sus operarios interceptaran la retransmisión y alertaran al frente. Meyer y sus hombres aguardarían más atentos que nunca. Solo cabía desear que sus superiores se dieran cuenta también de la importancia de aquel mensaje.

Mientras Meyer se preparaba para la espera, a doscientos kilómetros de distancia el comandante del Grupo de Ejércitos B se preparaba para partir hacia Alemania.

\* Rommel debió conocer el mensaje; pero resulta obvio que estaba tan convencido de las intenciones de los aliados que optó por rechazarlo.